

mudades religiosas y todas las compañías de milicias, que entónces eran numerosas, por motivo del amago de los piratas sobre las costas.

En la Iglesia Catedral, en la nave del centro, y frente al altar que se llama del Perdon, esperaba al infante el Illmo. Sr. Arzobispo de México, D. Francisco de Aguiar y Seijas, y la fuente que debia servir allí era la misma en que habia recibido las aguas del Bautismo el Santo Felipe de Jesus, proto-mártir mexicano.

Llegó hasta allí la comitiva, recibió al infante en sus brazos como su padrino, Fray Juan de la Concepcion, donado de San Francisco, que habia sido traído á México por el virey.

El arzobispo bautizó al niño, poniéndole por nombre José María Francisco *omniam sanctorum*: cantáronse sus preses respectivas, y la comitiva volvió á salir á la plaza, en donde como maestro de campo caracoleaba en un soberbio caballo el conde de Santiago, y en medio de la algazara y de los cohetes, y las salvas y los repiques, terminó la ceremonia á la una en punto de la tarde.

Se preparaban para aquella noche unos vistosos fuegos artificiales y un gran baile en palacio.

Alegres como todos, estaban en la parroquia del Sagrario algunos clérigos, hablando sobre lo suntuoso del bautismo y celebrando su pompa que en él se habia desplegado, cuando vieron acercarse á un sacerdote que caminaba con la cabeza inclinada y con aire meditabundo.

—Es Fray Anjelo—dijo uno de los clérigos con cierto respeto, y los demas callaron esperando la llegada del fraile.

—Buenas tardes dé Dios á vuestras mercedes—dijo Fray Anjelo, con un acento de dulzura y de humildad que rebe-

XXVI.

Cuéntase cómo en el día miércoles 14 de Julio de 1683, se administraron el sacramento del Bautismo y el de la Estrema-Uncion, á dos personas muy notables en México.

HRAN las once de la mañana del miércoles 14 de Julio de 1683, y una lucida procesion salia por la puerta principal del Palacio y se dirigia á la Catedral.

Las campanas de todos los templos de la ciudad, *repicaban á vuelo*, los cohetes poblaban el espacio, se escuchaban por todas partes las salvas y los disparos que se hacian con escopetas, mosquetes, pedreros y cámaras, y la multitud que se apiñaba en la Plaza, presentaba el aspecto mas halagüeño de animacion y de alegría.

Era que en aquellos momentos se iba á administrar el Sacramento del Bautismo, á un hijo del virey que habia nacido en aquella misma semana, el lunes 5 á las ocho de la noche.

La ceremonia se celebró con extraordinaria solemnidad, el aya que llevaba en sus brazos á la criatura, fué conducida hasta la Catedral en silla de manos, marchando en la comitiva, la real Audiencia, el ayuntamiento, todas las co-

laban un corazón limpio y una conciencia verdaderamente tranquila.

—Buenas tardes—contestaron cariñosamente los demás.

—¿De dónde viene su reverencia que no le vimos en la ceremonia?

—De una confesión—contestó Fray Anjelo—héme estado en el calabozo de D. Antonio de Benavides.

—¿Del Tapado? ¿tan grave está?

—En peligro de muerte, y sin otra esperanza que en su Divina Majestad.

—Dios le asista.

—En esta noche deben aplicársele los Santos oleos.

—Pobre hombre.

—Rueguen por él á Dios Nuestro Señor vuestras mercedes, que es un desgraciado que bien lo necesita.

—Lo haré, aunque indigno sacerdote—dijo uno.

—Y yo—agregaron cada uno de los otros.

Fray Anjelo siguió su camino, y los clérigos volvieron á reanudar su conversacion; pero ya no reinaba entre ellos la misma alegría; el recuerdo de un hombre que llegaba en aquellos momentos al borde del sepulcro, habia turbado su sencillo gusto.

La idea de su muerte es mas sombría en medio de una fiesta, porque es como la voz misteriosa de la Divinidad, que nos recuerda lo efímero de la vida que nos repite á cada paso las terribles palabras del Eclesiastes:

Vanidad de vanidades, vanidad de vanidades, y todo vanidad.

La tarde de aquel día se pasó en fiestas y en paseos; vuéltose el sol, tendió la noche sus crespones de duelo, y brillaron sus estrellas en el firmamento y las luces en la ciudad.

Por todas las calles habia farolillos y luminarias, y por todas partes se veian grandes grupos de gentes, que cantando y riendo se dirijian á la plaza mayor con objeto de ver los fuegos.

Una inmensa muchedumbre estaba ya reunida allí esperando el momento en que debian *prenderse los castillos*.

Aquella multitud formaba una especie de mar mas negro que la noche; se advertia en la oscuridad, que á disipar no alcanzaban ni los faroles ni las luminarias, el continuo movimiento de aquellos millares de cabezas, y se levantaba de allí un murmullo sordo y constante.

De cuando en cuando un gran cohete se desprendia de la plaza y subia dejando tras sí una cauda luminosa de rojas chispas, y reventaba arrojando algunas luces de colores.

Entonces aquella multitud lanzaba una especie de esclamacion inmensa compuesta de otras mil que se confundian en una sola: la plaza se iluminaba momentáneamente; se veian destacarse sobre un fondo negro los severos contornos de la catedral, y despues las luces del cohete se apagaban y la oscuridad volvia mas densa como para vengar su pasajera derrota.

Se oian á lo lejos y como al pié de los balcones de palacio los ecos de algunas músicas, y al través de esos mismos balcones se descubrian las bujías de la sala del baile, y se adivinaban casi las sombras de las damas y de los caballeros que habian asistido al sarao.

En uno de los calabozos de la cárcel que estaba en el edificio del mismo palacio, yacia sobre un viejo banco de cama, y en un mal jergon, espirante ya el marqués de San Vicente, D. Antonio de Benavides.

Ademas de aquel miserable lecho no se veia en el cala-

bozo sino un modesto altar que los otros presos habian compuesto para que se administrara á Benavides el sacramento de la Extremauncion.

Una pequeña mesa con un cajon encima que fijuraba una grada, cubierto todo esto con lienzos blancos, unas velas de cera y algunas amapolas, este era el altar.

Pero delante de aquel altar oraba fervorosamente un fraile, era Fray Anjelo.

Reinaba en aquel calabozo el silencio mas profundo, porque la oracion de Fray Anjelo ajitaba apenas sus labios sin producir un solo murmullo, y la respiracion del enfermo era tan débil, que apenas se escuchaba.

Solo de cuando en cuando el desgraciado marqués de S. Vicente lanzaba un tristísimo jemido invocando á Dios. Fray Anjelo volvia el rostro para mirarlo sin interrumpir su oracion, el enfermo volvia á callar y el fraile á inclinar la cabeza.

Algunas veces, sin embargo, llegaban hasta allí el rumor de la plaza, el estallido de un cohete ó algunas perdidas notas de las músicas; pero aquellos ecos profanos morian allí como avergonzados ante aquella tristísima escena.

Por fin, se oyó ruido en el corredor, la puerta del calabozo se abrió y se presentó el cura que iba á administrar el sacramento á D. Antonio: detrás de él venian los acólitos, los carceleros y algunos presos con cirios encendidos y con faroles.

Aquel estrecho calabozo se llenó pronto de jente y de luces, y hubo necesidad de dejar abierta la puerta.

Entonces hubo un contraste dolorosísimo: el devoto murmullo del sacerdote y de los concurrentes al calabozo que rezaban en voz baja, era frecuentemente contestado é in-

terruptido por el confuso vocerío de la plaza y por el ruido de los fuegos artificiales.

Las alegres sonatas de las músicas llegaban hasta el calabozo del moribundo, y muchas veces los cohetes que reventaban en el aire enviaban su claridad, semejante á la de un relámpago, hasta bañar las inclinadas cabezas de los asistentes.

Doce castillos de fuego debian quemarse aquella noche, y en palacio cenaban los de la audiencia y los principales señores de la corte; todo, fuera del calabozo de D. Antonio de Benavides, era festejo y alegría, todo era placer.

D. Antonio, moribundo de resultas del bárbaro tormento que le habian dado para obligarle á confesar, respondia al sacerdote con una mansedumbre y una resignacion verdaderamente evangélicas.

Fray Anjelo, arrodillado á los piés de la cama, lloraba como un niño, y todo el mundo estaba allí conmovido.

Reinaba en la fiesta de palacio la mayor animacion y la mas completa alegría, los brándis se sucedian entre aplausos y músicas, y todos deseaban casi un reino para el recién nacido.

El vírey contestaba con afecto, y todos parecian haber olvidado completamente á los conspiradores y á los piratas, que en aquellos momentos atacaban las costas de Yucatan.

D. Frutos el oidor y el vírey departian alegre y amigablemente en uno de los mas animados grupos, cuando de repente en el intervalo de una á otra de las piezas que ejecutaban las músicas, llegó el sonido lejano de una campanilla, y los ecos de un canto relijioso.

—¿Qué será esto?—preguntó el virey.

—Es sin duda—contestó un caballero—la campanilla del Viático—todos se inclinaron—y los cantos de los hermanos de nuestro amo.

—¿Pues quién se sacramenta esta noche?—preguntó D. Frutos.

—Es extraño que su señoría no recuerde—dijo el que había hablado antes—son los sacramentos del *Tapado*.

El virey se puso lijeraente pálido.

—Pues que su Divina Majestad le perdone—dijo D. Frutos—y sea servido Dios de llevárselo de esta enfermedad, porque si no, trazas tiene el tal de morir en una horca para escarmiento de impostores.

El virey podía apenas disimular su emoción; la campanilla del Viático que volvía al Sagrario se percibía ya más distintamente, y todos los concurrentes al sarao quedaron en el más profundo silencio y se arrodillaron devotamente.

Sin duda en la plaza acontecía lo mismo, porque la multitud había entrado también en silencio.

El lúgubre sonido de aquella campanilla enmudeció todas las voces, é hizo inclinar todas las cabezas.

Era el recuerdo de la miseria humana, el *memento-homo* en medio de las alegrías de la tierra.

Las voces del placer habían llegado hasta el calabozo del moribundo sin turbar un instante el fervor religioso de los asistentes.

La voz de la religión y el recuerdo del moribundo, habían penetrado en medio del festín y de la alegría, y la alegría y el festín habían cesado como por encanto.

El virey y D. Frutos, arrodillado el uno al lado del otro, murmuraban en voz baja algunas oraciones.

Sonaron los últimos campanillazos, y se perdieron las últimas notas del *alavado* que cantaban los *hermanos*, y casi en el mismo momento volvieron la algazara y el bullicio, y sonaron las músicas, y se dispusieron á bailar damas y caballeros.

Y la alegría volvió derrepente, como un arroyo detenido al cual se quita el obstáculo que contenía el curso de sus aguas.

Nadie habló ya de *los sacramentos*; tan pronto así se olvidan los anuncios de la muerte ajena.

Solo el virey había quedado profundamente preocupado.

FIN DEL LIBRO TERCERO.